







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*Hamlet, príncipe de Dinamarca*  
Título original: *Hamlet, Prince of Denmark*  
William Shakespeare

© De esta edición:  
2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.  
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501  
Teléfono (571) 7057777  
Bogotá – Colombia  
www.loqueleo.com

- Ediciones Santillana S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
- Editorial Santillana, S.A. de C.V.  
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,  
Delegación Benito Juárez, CP 03240,  
Distrito Federal, México.
- Santillana Infantil y Juvenil, S.L.  
Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5403-10-9  
Impreso en Colombia  
Impreso por Editorial Delfin S.A.S.

Primera edición en Loqueleo Colombia: diciembre de 2016  
Primera reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Prólogo:  
Marcos Mayer  
Análisis de la obra:  
Juan José Delaney

Dirección de Arte:  
José Crespo y Rosa Marín  
Proyecto gráfico:  
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega  
Diseño de cubierta:  
Sandra Restrepo

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# H A M L E T

W I L L I A M  
S H A K E S P E A R E

loqueleg



## Prólogo

Por Marcos Mayer

Muchos espectadores de *El rey León* desconocían que estaban asistiendo a una peculiar recreación de *Hamlet*, la pieza teatral más célebre de William Shakespeare. Es habitual que alguien cite la frase “¡Ser o no ser: he aquí el problema!” sin tener idea de que es pronunciada durante un extenso y desgarrador monólogo por el príncipe danés que protagoniza esta trama de venganzas y vacilaciones. Y así como aparece sin que se la reconozca, también con el tiempo esa figura vestida de negro y sosteniendo una calavera se ha transformado en el símbolo del teatro y no hay actor en el mundo que no aspire a interpretar algún papel en esa obra. Cuando ese deseo se cumple, haber participado en *Hamlet* es una consagración definitiva. Filósofos y psicoanalistas han reflexionado sobre cada una de las palabras de *Hamlet* sin lograr llegar a conclusiones definitivas, con lo cual la creación de Shakespeare sigue siendo un misterio que continúa representándose en los más diversos escenarios, incluso en la pantalla grande. Para las versiones cinematográficas se ha convocado a los actores más disímiles, desde el estudiado refinamiento del mayor actor inglés, sir Laurence Olivier,

hasta la desprolija furia del estadounidense Mel Gibson. Incluso una mujer interpretó el papel de *Hamlet* en una película muda: fue Sarah Bernhard en 1900. A falta de palabras, la actriz participó de un film lleno de escenas de acción, porque *Hamlet* es también una historia de aventuras. Y quienes intentan experimentos teatrales han trasladado la trama a los tiempos actuales, dándole un fuerte significado político.

¿Qué es lo que hace que una obra escrita hace más de cuatro siglos siga teniendo semejante vigencia y atrapando incluso a aquellos poco afectos a la lectura y al teatro? Tal vez convenga saber que en verdad no es una creación original de Shakespeare sino una adaptación —como ocurre también con la gran mayoría de sus obras, como es el caso de *Romeo y Julieta* o de *Macbeth*— de una leyenda de origen danés que circulaba en varios textos de la época. Es que *Hamlet* fue escrita en tiempos en que la originalidad no era una exigencia como lo es hoy en día. Pero lo más importante es que a comienzos del 1600 nuestra civilización estaba atravesando una crisis que marcó el paso de una era a otra y que llega hasta la actualidad. A eso contribuían el descubrimiento de nuevos continentes, los avances científicos y los cambios en las formas de las sociedades que tuvieron entre sus consecuencias que el hombre pasara a ser el centro de todas las cosas. Una crisis que afecta el modo en que llegamos a la verdad. Hoy decimos “ver para creer”. Pero durante mucho tiempo no fue así. El criterio de verdad pasaba por la autoridad y el lugar social de quien afirmaba algo. Por ejemplo, si un párroco sostenía un hecho, se lo daba por

cierto y si quien hablaba era el último de los campesinos, sus palabras eran recibidas con desconfianza. Shakespeare, al igual que Miguel de Cervantes en el *Quijote* (se dice que los dos escritores murieron el mismo día), trabajan con la diferencia entre lo que nos dicen y lo que vemos, al mismo tiempo que sus personajes no terminan de aceptar que aquello que ven sea lo verdadero. Hoy se mantiene algo de esa dualidad, por ejemplo, en nuestra experiencia directa: lo que se nos aparece a la vista. No es que la Tierra sea redonda sino que nos resulta plana, tal como creyó la humanidad por largos siglos. Sin embargo, aprendemos que es redonda y con ese concepto nos movemos.

Esto fue toda una revolución que llevó mucho tiempo y el teatro de Shakespeare es un espacio en el que las nuevas convicciones entran en contradicción con las antiguas. Hamlet escucha la verdad sobre la muerte de su padre de los labios de su fantasma: que ha sido asesinado por su propio hermano, quien se ha casado con su madre. Accede de este modo a esa verdad, pero no ha visto directamente los hechos ni cuenta con testigos que la corroboren. A partir de esta situación, la obra plantea un largo recorrido —es la obra más extensa de Shakespeare y no se la suele representar completa— a través de las vacilaciones del príncipe que busca que su tío confiese haber hecho lo que le dijo el fantasma a su hijo. Mientras espera que esto ocurra, Hamlet va sembrando la muerte de inocentes a su alrededor, incluyendo a su propia novia, Ofelia, quien se suicida luego de ser impulsada a la locura por las palabras desaprensivas de su pareja.

Esta lucha por convertir a las palabras en una realidad visible no es la única interpretación que puede hacerse de *Hamlet*. El príncipe busca en la venganza la manera de hacer justicia a su padre. Trata de que su padrastro —y también su madre, con la que mantiene una relación absolutamente complicada, porque la ama como hijo pero también la detesta por ser cómplice de la muerte de su padre— se vea obligado a admitir públicamente su culpa. Ese deseo de venganza se apodera de su vida, se convierte en la razón misma de su existencia, si se puede decir así, y deja de vivir para sumergirse en el duelo por el padre perdido, algo que queda en evidencia porque durante toda la obra aparece vestido de negro. Esta elección lo lleva a preguntarse permanente por los grandes temas: la muerte, el sentido de la vida, los destinos del amor, la manera de distinguir entre la realidad y las apariencias. El genio de Shakespeare es haber logrado que esas palabras, aparte de su avasallante belleza, estén integradas a la trama. Y no solo eso; logra que lectores y espectadores revivan en sí mismos todos esos dilemas a los que se enfrenta Hamlet sin terminar de resolverlos, tal vez porque no hay una respuesta que pueda presentarse como definitiva. Y el punto más alto de todos esos interrogantes es el monólogo del acto III, aquel que empieza con “Ser o no ser” y que se plantea la alternativa “¡Morir..., dormir! ¡Dormir!... ¡Tal vez soñar!”.

De todos modos y contra lo que puede suponerse, la obra tiene mucho suspenso y mucha acción, y se la puede seguir casi como si fuera un relato policial. Nadie en sus cabales podría decir que Shakespeare es aburrido, justamente por-

que ha logrado construir un personaje que, pese a sus debilidades y vacilaciones, o tal vez justamente por ellas, logra que los espectadores se pongan de su lado. Y aunque desean que su búsqueda de justicia tenga el resultado que anhela, presumen que algo terrible se avecina. *Hamlet* pertenece a lo que se conoce como el “período oscuro” de Shakespeare, que integran otras obras célebres como *El rey Lear* y *Macbeth*, en el cual predomina el signo de la tragedia. Lo trágico es no poder escapar a un destino. Contrariamente a lo que sucedía en la leyenda de la que partió el autor, no hay final feliz y todo termina con esa frase magistral y conmovedora: “¡Lo demás es silencio!”.

La serie de entramados que llevan a esa conclusión también diferencia a la tragedia de Shakespeare de otras tradiciones en las que el héroe está sujeto a fuerzas que no controla. Es lo que ocurre en las tragedias griegas, donde el protagonista ya lleva escrito un destino del cual no podrá escapar: el destino de Edipo es matar a su padre y casarse con su madre, y no podrá salir de esa fatalidad. Hamlet elige su destino y lo que cuenta la obra son sus pensamientos y dudas en torno a la libertad de optar. El príncipe se entrega a esa tarea de venganza por su propia voluntad. Ser libre es también su tragedia, porque lo vuelve esclavo del deber que se ha impuesto a sí mismo.

Al hablar de todas esas cosas, los personajes y las situaciones parecen formar parte de nuestro presente, en el cual nos enfrentamos, cada uno a su manera, a los mismos y eternos dilemas de Hamlet. Y aunque veamos a los personajes en traje de época y hablando un lenguaje muy diferente

del nuestro, son contemporáneos nuestros. En eso reside la persistencia de esta obra que casi no ha dejado de representarse y leerse durante cuatro siglos. Los grandes artistas como Shakespeare descubren cuáles son las claves de su tiempo que hablan de aquello que trasciende las épocas y las circunstancias. Y tienen la virtud de hacérselas disfrutar.